

Notas para pensar el terror de Estado y sus efectos en la subjetividad

*Maren Ulriksen de Viñar**

Resumen

A partir de la desintegración de las ataduras libidinales que unen al grupo, como particularidad del fenómeno de pánico (Freud, 1919), pensamos en las consecuencias de los períodos de terror de Estado como ataque al vínculo social, con el consecuente desmoronamiento de las estructuras psíquicas intermedias que sostienen el trabajo representacional y la memoria. Se constituyen como efectos del terror, formas particulares del pacto de silencio, de desmentida y desconocimiento, que organizan la convivencia de la post-dictadura.

Los efectos del estado de amenaza, la tortura y la muerte recaen sobre el espacio del discurso, alterando la lengua y la construcción del relato de una época; operan para expulsar al opositor, al otro-diferente, de la inscripción del campo del derecho, y por lo tanto del mundo simbólico. El desconocimiento y los silencios serán tomados a cargo en la transmisión transgeneracional enigmática; el terror pasó del espacio público al espacio privado, único lugar de inscripción disponible.

Después del terror, por la mediación de un tercero, queda el trabajo de restitución de la memoria, de restitución de la palabra por la incorporación a la lengua de la memoria del terror, posible a condición de construir un espacio del “nosotros”.

Summary

According to the feature of the panic phenomena (Freud 1919) that is the desintegration of libidinal ties that link the group, we think about the consequences of the times of terrorism of State as an attack to social link. As a result, the intermediate psychic structure that appoints the work of representation and memory collapse. Particular forms of a pact of silence, disavowal and not-knowing appear and organise the conviviality of post-dictatorship.

The effects of the state of threat, torture and death come down on the field of speech, altering the language and the construction of the account of a time, they operate in order to expel the inscription of their rights, thus from symbolic world. The not-knowing and the silences will be taken in charge in an enigmatic transgenerational transmission, terror went from the public space to the private one, the only place available for an inscription.

After terrorism, by mediation of a third one, the work of restitution of memory, of speech incorporating the memory of terrorism, remains, under the condition of constructing a space of “ours”.

Descriptorios: TERRORISMO / MEMORIA / APARATO PSÍQUICO / DESMENTIDA / SOCIEDAD / INTERSUBJETIVIDAD

* Miembro Titular de APU.

Dirección: Joaquín Núñez 2946. CP 11300. Tel. 711 7426. Fax 711 7426.

Es difícil separar los tres términos alrededor de los cuales se configura este coloquio: memoria, relato, y terror. Cualquier reflexión acerca del pasado político violento reciente en nuestros países no puede prescindir de hacer trabajar estos conceptos; menos aún si se trata de aproximarse al horror del genocidio de los judíos en la 2a guerra, del genocidio de los armenios o las masacres de nuestro siglo. Lo que intente decir acerca del terror estará entonces permanentemente atravesado por estos otros términos.

Voy a partir de la observación de una situación cotidiana, reconocible para todos Uds.

“Esa mañana veo llegar, a la casa del otro lado del parque, una pareja joven con su hijo pequeño. Más tarde, en el silencio de la tarde de verano, descansando bajo un árbol, observo a lo lejos al niño retozando cerca de su casa. Seguramente atraído por la extensión del prado y por el alboroto de los pájaros después de comer las migas que les dejaron él y su madre, se aleja confiado, mientras su madre entra a la casa. Lejos, se acerca el jardinero en su pequeño tractor para cortar el pasto. El niño explorador llega al medio del prado, se detiene, observa y bruscamente comienza a llorar y a gritar, gira y corre sin rumbo, despavorido. Me acerco para calmarlo, me mira asustado y en medio de sollozos grita: “¡esa máquina corre detrás mío, me va a aplastar, me va a aplastar!”. Trato de calmarlo, hablándole, explicándole, para sacarlo de su confusión, pero él reitera sus gritos de terror sin lograr desasirse de lo que parece una visión amenazante. La llegada de la madre lo tranquiliza rápidamente.”

En esta pequeña escena se pone de manifiesto el momento de placidez y disfrute de un niño que crea un espacio básicamente amable, ausente de amenazas, en que el juego se despliega con gran placer, momento estructurante sostenido por el entorno materno amante, reasegurador. Al alejarse de su madre, y encontrarse súbitamente solo, el tractor que podría haber sido objeto de curiosidad y admiración cuando agarraba la mano de su madre, se convierte ahora en un objeto perseguidor que lo sustrae del espacio de confianza y sostén amoroso y lo altera profundamente arrojándolo a otro espacio, del terror, la persecución y la locura.

En esta breve observación podemos reconocer algunos postulados freudianos fundantes del psiquismo: **el desamparo** del pequeño humano, y **la dependencia extrema** que dan al “otro” humano un valor y un lugar privilegiado, determinantes en la construcción del psiquismo.

La actividad exploratoria placentera del entorno la realiza el niño en el ensanchamiento virtual del espacio del cuerpo materno; introducido al mundo por la madre, por sus gestos, su mirada, su voz, y las palabras que lo significan, continúa solo, en su ausencia, sostenido por las representaciones intrapsíquicas del cuidado materno. El ambiente, como prolongación de las cualidades maternas de amabilidad, seguridad, y confiabilidad, cambia bruscamente de signo cuando aparece en su horizonte algo nuevo, desconocido, el ruido del motor que se acerca; el cambio brusco de contexto, toma un carácter violento, intrusivo, amenazante al no ser interpretable dentro de su mundo conocido; los contenidos intrapsíquicos placenteros se derrumban junto con la pérdida de los puntos de referencia sensoriales visuales y auditivos, al no estar ya la madre dentro de su campo perceptivo. El niño se presenta capturado en un mundo alucinatorio, persecutorio, que cede cuando la madre con su contacto corporal amoroso introduce una otra interpretación, un otro contexto semiótico que transforma la percepción del entorno.

Para esta función fundante del psiquismo, que se ejerce en la inter-subjetividad madre-niño es imprescindible **la palabra de la madre que nombra** los afectos, y por ello los transforma, los hace existir como representaciones. Estas “*palabras*

fundamentales”, como las llama Piera Aulagnier¹ hacen existir las “*cosas psíquicas*” bajo una forma nueva. Trabajo psíquico de dos, de diálogo corporal y verbal, que permite salir del desamparo inicial e instalar el trabajo de sustitución de la experiencia bruta, del afecto, de la descarga motriz o la parálisis, por el símbolo mediatizador.

Estas funciones de la unidad madre-niño están a su vez incluidas y determinadas por el contexto más amplio intersubjetivo; al nombrar las cosas del mundo y las cosas psíquicas la madre, portavoz de su cultura, introduce al *infans* en un sistema de valores transmitidos, en el sistema de parentesco, en una estructura legal compartida.

Freud² en 1919 estudiando los grupos altamente organizados y duraderos, como el ejército, señala que la esencia del **fenómeno de pánico** se produce no ante la magnitud del peligro, sino cuando se desintegran las ataduras libidinales que sostienen su unidad. Este modelo que postula el fenómeno de pánico como originado en la disolución de los lazos emocionales, arrastrando al grupo a la desintegración del mismo y al cese de todos los sentimientos de consideración entre sus miembros, puede ayudarnos a pensar las consecuencias del ataque al vínculo social en los períodos de terror de Estado.³

El terror de Estado

Señalemos algunas características salientes del terror de Estado, como el que se vivió en Uruguay durante la dictadura, y que marca, con diferencias locales, el clima social del sur de América en esos años.

El terror trae como consecuencia directa la instalación de una serie de vivencias permanentes, en extremo penosas y desorganizantes, constituyendo lo que Janine Puget⁴ llamó “**estado de amenaza**”; el **miedo**⁵ generalizado, sentido como riesgo de ataque inminente a todo lo que nos es familiar y querido, la **angustia**, y la **incertidumbre** desmoronan y desorganizan los referentes que antes habían dado coherencia y sentido a la identidad y al sentimiento de pertenencia. El **aislamiento** resultante del miedo, de la delación, de la disolución de las organizaciones colectivas, se acompaña de un sentimiento profundo y penoso de **impotencia**, donde el estado de cosas parece inamovible, ineluctable y todo esfuerzo de cambio destinado al fracaso o al brutal castigo, lo que se confirma por el silenciamiento violento de toda expresión contraria al régimen. A esto se suma la **inseguridad** por la invalidación de los derechos, libertades y garantías individuales, por la ausencia de protección jurídica y legal, sostenida por los actos represivos de gran violencia y extensión.⁶

Podemos decir que se produce un estado parecido, guardando las distancias de la edad, al del niño en estado de pánico, sometido a un exceso de excitación, sin discriminar la amenaza interna de la externa, con angustias confusionales y paranoides, en un pensamiento circular, que lleva a la inhibición de la acción o a la parálisis. Pero a diferencia de la dictadura, para este niño de la observación, la presencia de la madre restituye la confianza en el entorno, pudiendo reinstalar la represión (de sus fantasías destructivas y persecutorias), y recuperar la continuidad de sus procesos simbólicos de pensamiento.

En el terror de Estado el objeto protector se ha derrumbado, afuera y en el interior del psiquismo; y al contrario es un objeto terrorífico y persecutorio el que opera desde la realidad, instalando los dispositivos propios para mantener su poder dictatorial, en particular la prisión arbitraria, **la tortura sistemática, que actúa como referente**

¹. Aulagnier, Piera. “Du langage pictural au langage de l’interprète”, *Topique*, 26, 1980, pp. 29-54.

². Freud, Sigmund, *Psicología de la masas y análisis del Yo*, SE, Vol. XVIII, pp. 96-97.

³. Viñar Marcelo, “Pánico infantil, pánico político” *Rev. Urug. de Psicoan.* N° 75, 1992, pp 187-193.

⁴. Puget, Janine. “Etat de menace et psychanalyse” in J.Puget, R. Kaës et coll. *Violence d’état et psychanalyse*, Paris, Dunod, 1989, pp. 1-40.

⁵. Gómez Mango, Edmundo. *Psiquiatría y dictadura*, (Edición de circulación restringida), París, 1977.

⁶. Ulriksen-Viñar, Maren. “De l’exil á l’asile” in *La forteresse européenne et les refugies*, Collection Nord-Sud, Editions d’en bas, 1985, Lausanne, pp.18-25.

simbólico de castigo a toda la población, y la figura máxima de ataque a la vida, la desaparición forzada de personas y la apropiación de sus hijos.⁷

En el terror la máquina que persigue y aplasta está efectivamente en marcha.

Desmoronamiento de las formaciones intermedias

La catástrofe psíquica⁸ del preso torturado, y de los familiares de presos y desaparecidos se enmarca en la brutal experiencia traumática individual, y se automantiene por la ausencia de un entorno capaz de contener, formular y dar amparo al sujeto traumatizado. Este derrumbe alcanza de una u otra manera a toda la población, nadie sale indemne de la destrucción de los vínculos de la sociedad democrática.

Para **el trabajo de reparación** después del terror nos interesa tanto el reconocimiento de los actos de horror como la inscripción del sujeto singular víctima directa o indirecta del terror. Decíamos en un trabajo anterior que “un hombre torturado vale por miles”, que siempre se cuenta caso a caso, no hay cifra capaz de dar cuenta del dolor de cada uno de esos miles de seres brutalmente violentados.⁹

Para **un trabajo de memoria colectiva**, indispensable para construir el futuro, nos es necesario pensar como han sido dañadas, alteradas profundamente, aquellas formaciones psíquicas (identificaciones, narcisismo, ideales, creencias, etc.) que se sostienen en las formaciones intermedias colectivas, en el grupo de pertenencia, la cultura, las instituciones.

Por lo tanto **el trabajo de recuperación** debe dirigirse a restablecer, a sanar estas, a formaciones. Este coloquio opera como formación intermedia, como lugar de cruzamientos de vínculos que el terror de la dictadura destruyó a través del ejercicio masificado y dirigido del terror penetrando en cada mente individual.

En estas formaciones intermedias, varias cualidades marcan la posibilidad del funcionamiento grupal, social. Por una parte, **la renuncia pulsional mutua** da lugar a la comunidad de derecho, y a los vínculos amorosos; en otro plano, el “**contrato narcisista**”¹⁰ implica la mantención en una cultura de sus enunciados fundantes a través del conjunto de voces singulares, tela de fondo que privilegia los atributos compartidos por el grupo, separando el ámbito privado del grupal, constituyendo dos espacios heterogéneos que se sostienen mutuamente. El compromiso con el enunciado común de origen se troca, en un pacto de intercambio, por el reconocimiento y la investidura del sujeto por el conjunto.

Desconocimiento y ataque a la palabra

René Kaës introduce otro concepto de gran interés, el “**pacto y la alianza de renegación**”, que permiten al grupo un acuerdo para mantener una **zona de desconocimiento de aspectos dolorosos o conflictivos de la realidad**, con el fin de organizar algunas creencias identificatorias básicas (en este registro podríamos situar, por ejemplo, el orgullo uruguayo por su “*garra charrúa*”, y ¿porqué no? la Ley de Caducidad); el carácter de esta **alianza de desconocimiento** orientará la constitución o el fracaso de la función de la represión. Desde estos conceptos podemos introducirnos al **pacto de silencio, de desmentida y desconocimiento de la post-dictadura**, y, a la aparición de nuevos enunciados, pretendidamente fundantes de la identidad moderna de

⁷. Viñar, Maren y Marcelo, “Psicoanálisis y sociedad violenta”, Panel: Estatuto psicoanalítico de la realidad social, Congreso Internacional de Psicoanálisis, San Francisco, julio, 1995.

⁸. Kaës, René, “Ruptures catastrophiques et travail de la mémoire” in J. Puget, R. Kaes, *Violence d’État et psychanalyse*, op.cit.

⁹. Ulriksen-Viñar, Maren, y Viñar, Marcelo. “La torture: meurtre du symbole”, *Lignes*, no. 26, pp. 42-164, París, 1995; A tortura: ataque a la simbolização in *Psicanálise hoje, urna revolução do olhar*, compiladores, Nize y Luis Ernesto Pellanda, pp 713-729, Editorial Vozes, Petrópolis, 1996.

¹⁰. Aulagnier, Piera. *La violence de l’interprétation*, PUF, Paris, 1975.

los uruguayos, renegando tanto del pasado reciente de horror como de tradiciones solidarias democráticas.

El trabajo psicoanalítico muestra que lo que se transmite no es solamente lo positivo, lo que se ofrece al conocimiento, sino que, a través de las generaciones, de los grupos, de las parejas, **se transmite aquello que falta, que fue renegado, rechazado**; el horror que ocurrió en el espacio grupal e intrapsíquico, al cual le fue negado una inscripción, el crimen silenciado, subsisten como **blanco**, como **agujero psíquico**, lugar de sufrimiento, donde un niño, el *infans*, puede ser atrapado. En este sentido Nicolás Abraham y Maria Torok desarrollaron las nociones de cripta y de fantasma.¹¹

Nuestro punto de partida será, la “catástrofe social”, a partir de la violencia del terror de Estado, en tanto fenómeno subjetivo que desarticula la representación mental de las formaciones intermediarias transubjetivas, formaciones estas que operan como ligazón entre el sujeto y su grupo social, como pasaje de la realidad psíquica del sujeto singular a la realidad psíquica del conjunto.

Es este marco metapsíquico, transubjetivo, el que sostiene **el trabajo del preconscious** responsable de las capacidades yoicas de tratamiento de la realidad, de la construcción de conocimientos, de memoria, de la puesta en acción de los procesos transicionales, donde se construyen los enunciados y la simbolización. La ruptura de las formaciones intermediarias hace fracasar el trabajo del preconscious, colapsando los límites, desarticulando las significaciones, lo cual mantiene la carga traumática, la confusión de las funciones psíquicas y la confusión entre los sujetos, llevando a la **desmetaforización del espacio del discurso**. Así como la tortura busca despedazar el cuerpo del sujeto, también el cuerpo social queda desgarrado en sus fronteras, bordes, lugares de contacto y de pasaje. El derrumbe de la capacidad de pensar está signado por la falla de significantes verbales.

El efecto de destrucción de la tortura y la muerte recae en la lengua misma, sin que se logre constituir un lenguaje para su representación, haciendo fallar la transmisión de la vivencia traumática, por la destitución de los referentes simbólicos. Así la lengua, como vínculo de un grupo humano en un momento histórico resulta invalidada por el terror (tortura, muerte y desaparición forzada), lanzada al exilio, desmembrada, o sometida, acallada por la cultura dominante del terror.

El objetivo del terror, es hacer desaparecer, expulsar al opositor político; el exilio masivo expresa esta expulsión a nivel territorial. En otro plano **la expulsión es a nivel de la palabra**, por la exclusión del espacio simbólico por medio de la desmentida de los hechos violentos, creando numerosas figuras de banalización del horror. La desaparición de personas es un recurso extremo de **repudio de inscripción** tanto de los padres (ancestros) como de los descendientes. El Nombre como condición de la simbolización es clandestinizado, o simplemente suprimido como en el caso de los niños apropiados por los verdugos de sus padres.

El **desconocimiento** se constituye una y otra vez; ante cada esfuerzo para desarmarlo se manifiestan fuerzas que insisten en la falsificación. Esta operación de desmentida crea paradójicamente una clandestinización de los hechos y de los relatos, que sólo se expresan y circulan a nivel privado. Es decir el dolor ante el terror debe ser ocultado, enterrado en el ámbito privado y cualquier intento de salir del silencio, de publicar, de dar a conocer las prácticas de violencia es inaceptable para el discurso público. La producción de documentos testimoniales, el hacer públicos los hechos violentos produce en la víctima y su entorno próximo, vergüenza por el sentimiento de violentar la convivialidad humana y de repetir en la exhibición de lo privado el terror mismo. Este malestar de la denuncia se manifiesta en los efectos paradójales de un cierto consenso

¹¹. Kaës, René, “Le pacte dénégatif. Eléments pour une metapsychologie des ensembles transsubjectifs.” in Kaës.R., Missenard, A., Rosolato.G., et coll., *Figures et modalités du négatif*. Paris, Dunod, Paris, 1988.

con que se recibe la publicación del libro de Tróccoli, quien sostiene que el uso sistemático de la tortura y otras atrocidades constituyen un hecho natural, determinado por la necesidad de las circunstancias históricas; paradoja ya que esperaríamos una condena como inaceptable en vez de una aceptación pasiva. En el mismo registro podemos situar la transformación de las declaraciones de Scilingo en “algo aceptable”, recuperando verdad necesaria en los mandos, pero destinado rápidamente al olvido porque ya pasó y no debemos perturbar la convivencia de nuestros ciudadanos.

El desconocimiento, el borramiento de los hechos del terror opera en el nivel oficial del discurso público, y ejerce efectos en los descendientes, en las instituciones, y en el derecho de la sociedad toda. Es el caso de los efectos permanentes secretados por la ley de impunidad.

Más allá de los miles de torturados, encarcelados y desaparecidos por las dictaduras militares en nuestro continente, de los millones de víctimas del genocidio de judíos y armenios, el objetivo parece ser una destrucción más radical que constituiría en la **erradicación de una cultura** y de sus referentes identitarios. Es en esta línea de **borramiento** de las huellas de la vida de los combatientes que se inscriben las desapariciones forzadas, y los apoderamientos de niños cuyos padres fueron asesinados desaparecidos.

El genocidio y el terror de Estado llevan a formas sutiles de renegación de sus consecuencias en el psiquismo, por lo tanto al no reconocimiento del objeto mismo.

Es de interés pensar qué fuerzas operan en el desconocimiento de los hechos y en los efectos del terror. Es esta una tarea que recién comenzamos hacer, y que necesita el concierto de historiadores, sociólogos, politólogos y en la cual tienen un lugar los psicoanalistas. Con frecuencia son primero los poetas y los escritores quienes dan cuenta de la experiencia del terror, como si el pasaje por la lengua de la poesía permitiera por un lado la aguda penetración en el dolor y en el sufrimiento extremos, y a la vez un rodeo, una cierta distancia del traumatismo mismo.

Los silencios, la transmisión y la intrusión en la intimidad

A nivel de la historia colectiva se constituye una **no-respuesta en el silencio del otro**, afirmando la desmentida que destruye los vínculos y en su lugar deja un agujero. **El silencio opera como desconocimiento creando un no ha-lugar** (*non-arrivéé*). Desafiar esta desmentida del terror implica un camino complejo, largo, que pasa por la experiencia psíquica de soledad, y también de exclusión.

Dar cuenta de la experiencia de otros en testimonios de tortura, muerte, desapariciones, genocidios, significa **romper los silencios**, los no dichos, las palabras ahogadas en la imposibilidad de ser enunciadas por la víctima. El testimonio directo, descriptivo de los hechos es insoportable, funciona como un texto obscuro. Para ser escuchados y registrados, los hechos de horror necesitan estar presentados en un contexto de reflexión que permita pensar hipótesis acerca de los mecanismos que determinaron el horror. Siempre necesitamos buscar un por qué a la violencia. Pero una característica del estado de terror es eliminar las ligaduras de sentido de los actos terroristas, ocultar la lógica de destrucción al otro diferente que comanda todas sus acciones. El grito de una mujer en Auschwitz: “¿por qué?!” a quien el oficial SS responde: “¿Aquí no existe hay por qué!” ilustra el plus del terror en la imposibilidad de comprender los motivos del verdugo, y al mismo tiempo la lengua es pervertida al figurar en las puertas de cada campo de concentración, en grandes letras el siniestro lema: “*El trabajo vuelve libre*” (*Arbeit mach Frei*).

La clínica psicoanalítica nos ha mostrado que lo que se **transmite es una relación de palabra imposible** entre el ex preso, sobreviviente, y su hijo.¹² El padre no puede

¹². Abraham, Nicolas, et Torok, Maria. *L'écorce et le noyau*. Flammarion, Paris, 1987. Ulriksen de Viñar, Maren, “Children affected by organized violence in South America” in *Children, war and*

hablar, mostrando en el silencio la desmentida, el borramiento de su historia traumática del universo de las palabras.

El drama colectivo pasa siempre por el drama edípico, familiar. La temporalidad propia de la escena primitiva implica que los padres han podido ser padres cuando ellos mismos estaban ya constituidos en su psiquismo y en su lengua. En un proyecto de destrucción de las personas como es la desaparición forzada de personas, y el genocidio, donde la única alternativa es escapar de la muerte para sobrevivir, es necesario preguntarse si es posible identificarse y sostener la posición parental, es decir la de sujeto cultural, necesaria para asumir al hijo como descendiente. La catástrofe de los traumatismos sociales no logra ser tramitada, se trasmite a los hijos, y se difunde como una desgracia sin contención y sin término en el entorno inmediato. Pero dentro del abanico ciudadano, cada uno tuvo una experiencia distinta en cualidad e intensidad, y hay quienes pueden situarse en la periferia del horror sufrido o lejos de este, quedando aparentemente indemnes. Lo cual no deja de ser una ilusión.¹³

El silencio del padre, único modo de presentar su experiencia, conforma un hueco, negativo del horror que da cuenta del mismo. Es este vínculo de silencio el que es necesario explorar. Es también un silencio protector del sobreviviente para la sobrevivencia de sus descendientes.

El silencio oficial, institucionalizado que no permite la circulación de las historias personales y de la historia colectiva del terror vivido, tiene como efecto un **no-lugar, una no existencia**, tanto de los actos de violencia como de la vida y de la muerte de aquellos que los sufrieron directamente. Queda así depositado, enterrado en lo íntimo de cada sobreviviente o/y descendiente aquello que es patrimonio de toda la sociedad. La provocación para romper el silencio es a veces el último recurso, y como señala Janine Altounian¹⁴ es mejor aparecer como culpable que no existir.

El silencio se expresa en la carencia del lenguaje, sus contenidos pierden vigor y pertinencia, y pueden ser fetichizados como salvaguarda de la pura forma. Perversión de la lengua del terror, que queda cargada con los actos mortíferos. El ejercicio del terror, la sistematización de la tortura son a la vez causa y efecto del fracaso mediador del lenguaje. El terror instala una otra lengua, lengua que destruye la legalidad democrática. Termina con la plurivocidad y las posibilidades de equívoco del lenguaje.

El silencio: En muchas familias judías el recuerdo del período del 39-45 y todo lo que preexistió permanece enterrado y muerto. Los padres que vivieron la guerra, no hablaron, o muy poco, a sus hijos nacidos después. No les enseñaron lo que fue la vida en sus comunidades de origen. La historia anterior a la persecución y el genocidio queda en silencio, en un no dicho. A veces solo se conocen algunos hechos terroríficos, como en un intento de dejar al mundo de los vivos aparte, intacto, ubicando en ellos el bienestar. La transmisión de los ancestros infiltra la vida cotidiana con la presencia de una abuela que cocina, cuida, cose para sus nietos; es en los gestos, los rezos, a veces los cuentos, donde se expresan y transmiten las huellas de un pasado. Están presentes en su lenguaje cargado de acento extranjero, y en la adaptación no lograda, que el descendiente vive como signos vergonzosos de un origen en el terror y el proyecto de muerte genocida.¹⁵

persecution, Proceedings of the Congress, Hamburg, September 1993, editado por Stiftung für Kinder, Osnabrück 1995, pp 134-142.

¹³. Op. cit.

¹⁴. Altounian, Janine, *Ouvrez-moi seulement les chemins de l'Arménie*, Editorial Les Belles Lettres, Paris, 1990.

¹⁵. Lapierre, Nicole, *Le silence de la mémoire, A la recherche des juifs de Plock*. Editorial Plon, París, 1989.

Debemos subrayar las dificultades del trabajo de simbolización en el niño, hijo de padres sobrevivientes, donde pesan las identificaciones a **padres “no presentables”**, a imágenes parentales **dañadas**, castradas, a la vez “sagradas e inconvenientes”.¹⁶

El tercero, la interpretación y la escritura

Freud en *Tótem y Tabú* señala que “no hay proceso psíquico más o menos importante que una generación pueda esconder a la generación siguiente”. A partir de ahí insiste en que el hombre posee un aparato que le permite interpretar las reacciones de otros hombres, es decir volver sobre las deformaciones que sus semejantes imprimen a la expresión de sus movimientos afectivos.

Es esta **capacidad interpretante**, correspondiente a la función del preconscious que falla o no se constituye. El mundo del terror, los parámetros de la dictadura, la organización de los campos de concentración, operan como un mundo psicótico, traumatizante por sí mismo, y que impone una violencia y un sufrimiento disruptivos desde fuera del horizonte ideológico de los parámetros de la vida civil del momento. El enigma es insoluble para la víctima, no logra dar sentido al acto genocida, a la tortura, así como al goce y a la frialdad con que son prodigados. **La función de representación interpretativa del aparato psíquico fracasa**, y empuja al sujeto en un estado total de desamparo, vuelto hacia sí mismo, hacia sus propias excitaciones pulsionales; queda solo y sin recurso al fallar también la función de para-excitación, de apuntalamiento del entorno.

Trabajar, **escribir** acerca del terror es un modo de interpelar al Tercero ausente, desaparecido; el intento de restituir los vínculos destruidos a través de un texto implica una puesta en perspectiva que toma lugar de memorial, de sepultura. Este trabajo de escritura surge de los efectos *a posteriori* en la generación siguiente, viviendo otro momento político, cultural, y por lo tanto mental.

La escritura opera entonces como un esfuerzo para atravesar el espesor del desconocimiento, levantarla desmentida, restituir el trabajo de la memoria y hacer reconocer el carácter y la extensión del terror.

La escritura, los encuentros, al dar cuenta del sufrimiento individual, a través de contenidos de sesiones analíticas, funcionan como lugar de expresión del trauma agregado de un silencio político. Como expresa Marcelo Viñar,¹⁷ recogiendo el grito de abuelas de Plaza de Mayo, de familiares de desaparecidos en Chile y Uruguay, “es necesario dar a conocer, hacer saber lo que ha pasado”. Estos son los deseos más intensos de todos los sobrevivientes, romper el silencio, dar a conocer, encontrar el reconocimiento y la recepción en el otro. Sin este “después” del terror, cada familiar de desaparecido, cada hijo de un preso torturado portará en su psiquismo y en su cuerpo, tal un cadáver viviente, este horror expulsado del intercambio del lenguaje entre los hombres.¹⁸

Esta **puesta en perspectiva de la experiencia traumática** individual y colectiva sólo es posible cuando se logra la mediación de vínculos múltiples, que restablecen parte de la red social destruida y sostienen al sujeto singular en la búsqueda de un camino en que la palabra lo restituye como sujeto de su historia.

Dijimos que lo propio del traumatismo colectivo es la efracción traumática que hace fracasar las formaciones intermediarias, transubjetivas que sostienen la red social

Decíamos que **la escritura surge en el lugar mismo del desastre**. Tratándose de un adulto que ha vivido el terror, el puede, en ciertas condiciones,¹⁹ trabajar la escritura

¹⁶. Altounian, Janine, op. cit.

¹⁷. Viñar, Marcelo, *Violence sociale et réalité dans l'analyse*, in *Violence d'Etat et psychanalyse*, J. Puget, R. Kaës et coll., Editorial Dunod, París, 1989, pp. 41-66.

¹⁸. Ulriksen-Viñar, Maren, *La transmission de l'horreur*, op. cit.

¹⁹. Aulagnier, Piera. *Du langage pictural au langage de l'interprète*, *Topique* 26, 1980, págs. 29-54.

para intentar dar cuenta de su experiencia. Un primer rol del clínico es transformarse en lugar de recepción del traumatismo y tomar la función de traductor, de novelista, de poeta. El clínico psicoanalista al interpretar asigna palabras a los afectos y sus vivencias corporales transformándolos en sentimientos, y nombra los lugares de vacío aporta una forma nueva, en una figuración formal y temporal. Esta transferencia de sentidos de una vivencia traumática masiva, confusa, más allá de las fronteras y de las barreras mortíferas da lugar a otra manera de existencia en un discurso que abre a representaciones, y a la vez que interpreta el silencio provocado por el terror, da lugar a la reviviscencia y a la reminiscencia, condiciones de la construcción del *après-coup* y del recuerdo. El movimiento de pensamiento implica desplazamientos, sustituciones, cambios de lugares psíquicos.

Para aproximarse a comprender los mecanismos y las fuerzas que actúan en el estado de terror, público o privado, es necesario contar con **el rol de un tercero** que pueda nombrar, dar sentido a la experiencia de horror. Se necesitan relevos exteriores, gente capaz de escuchar, de recibir y de abrir espacios de encuentros y de escritura, de publicación. Esto es un contexto de “holding”, que dé sostén al desarrollo de palabras que den cuenta del núcleo de verdad de la experiencia de terror.

Los terceros portadores del horror, son también quienes pueden **transportar la memoria**, la memoria de los vencidos de la historia, sus ruinas y su esperanza. La circulación de esta memoria es incompatible cuando el discurso del grupo social se cierra sobre sí mismo, en una pretensión de verdad monolítica que no admite fisuras, huecos, de lo que aún queda por conocer. Este cierre se pretende con la ley de caducidad y su aprobación en el referéndum, descartando el amplio sector que no lo acompañó; este procedimiento es profundamente antidemocrático al descartar toda posibilidad de recurso legal al conocimiento de una parte de la verdad de los hechos de esa época, ni más ni menos que el ejercicio del poder de disponer de la muerte. El cierre que esta ley ofrece a la identidad nacional, petrifica y congela una buena parte de la historia vivida del país, que queda irremediabilmente enterrada en el psiquismo de los sobrevivientes y sus descendientes.

Los terceros no familiares operan como **traductores** para construir un nuevo decir entre ellos y con la víctima. Un trabajo fundamental es la ubicación de los silencios, de los borramientos que dejan espacios, blancos, silencios.

Para restituir la catástrofe del trauma colectivo, para encontrar las palabras y restituir el sentido, lo primero **es restaurar y reencontrar condiciones para armar un trabajo de conjunción de subjetividades** que acepte y tolere cada singularidad y a la vez **construya un espacio del nosotros**.

Este **trabajo de unión de diferencias**, recoge, ensambla la dispersión de la lengua, de los sujetos en el exilio, de los cuerpos mutilados, sin sepultura. En primer lugar entonces se trata de **restituir los vínculos sociales fracturados**, despedazados por el trauma colectivo, siendo la creación del espacio intersubjetivo condición para la elaboración.

Si no hacemos un trabajo colectivo de **restauración de la memoria** será difícil reconstruir estas formaciones metapsíquicas, de intermediación, que son las que posibilitan un funcionamiento democrático, el reconocimiento del otro diferente. Se trata de reconstruir los vínculos, la memoria colectiva, heterogénea, plurívoca, y crear un discurso compartido, pero no homogéneo, con el cual poder identificarse, es decir, **restituir la palabra**.

Dice Janine Altounian: “Con frecuencia **la escritura** viene a desatar, a disolver una fuerte *carga* de angustia anteriormente petrificada en el lugar mismo de la imposibilidad de hablar, cuando la ausencia de destinatario capaz de recibir la palabra impedía la emergencia de un lugar de enunciación”.

Se ha insistido acerca de **lo indecible** y la imposibilidad de encontrar palabras en la lengua para expresar la experiencia de una catástrofe extrema. Algunos poetas, como Paul Celan han escrito en la lengua de los verdugos; algunos pintores, como Zoran Music han revivido años después de su sobrevivencia al campo de concentración, los horrores del mismo en una pintura que se va transformando en una sucesión de autorretratos que se esfuman como marcando la presencia de la propia muerte. Otros escritores como Primo Levi y Robert Antelme, han puesto a prueba la escritura del horror.

El desafío de este Coloquio es no desmayar ante un largo y trabajoso proceso, que a partir del reconocimiento de los agujeros en la elaboración del pasado, presentes en los horrores actuales, logre **incorporar a la lengua la memoria del terror**, para con ella y desde ella, incidir en la construcción de un mundo que cuide ante todo la vida humana.